

"Ecología" en la antigua Roma

Los romanos, como nosotros, tuvieron varias actitudes ante la naturaleza que nos pueden ayudar a reflexionar sobre nuestro propio mundo. Por un lado, añoraban una perfecta armonía con ella como la que habían vivido en la mítica Edad de Oro cuando la tierra producía espontáneamente sus frutos, el clima era agradable y corrían ríos de leche y néctar. Este deseo de armonía con el mundo natural se veía reflejado en la idealización del campo y la alabanza de la vida campestre frente a la urbana. Por otro lado, tenían la conciencia de que podían alterar la naturaleza tal como afirma Cicerón: “Todo lo que pueda ofrecer la tierra lo dominamos: nos aprovechamos de los campos, de los montes. Nuestros son los arroyos, los lagos. Nosotros plantamos cereales, árboles; hacemos las tierras féculdas gracias a la conducción de las aguas. Nosotros contenemos, dirigimos, desviamos el curso de los ríos. En una palabra, con nuestras propias manos nos atrevemos a construir en la naturaleza una especie de segunda naturaleza” (*Sobre la naturaleza de los dioses*, II, 152).

La creación de esta segunda naturaleza podía exceder los límites de lo establecido. Plinio el Viejo denuncia el peligro de abusar de los dones naturales. La tierra es la madre de todos los seres siempre benévola frente al hombre, un ser desagradecido que en lugar de ser cooperador se convierte en esclavizador de la naturaleza. “La tierra es la única parte de la naturaleza a la que con todos los merecimientos le hemos concedido el atributo de madre amorosa. Ella es de los hombres, igual que el cielo de Dios: la que nos recoge al nacer, nos alimenta desde que nacemos y cuando estamos criados aún nos sigue sustentando siempre, abrazándonos al final en su regazo cuando ya somos un desecho de la naturaleza, tapándonos entonces más que nunca, como una madre...Ella benévola, apacible, condescendiente y fiel servidora del interés de los mortales, cuántos productos la obligamos a darnos, cuántos prodiga espontáneamente, qué olores y sabores, qué jugos, qué tactos, qué colores, cómo nos devuelve de buena fe el producto que se le había prestado, qué alimentos cría por nuestra causa...La tierra nos proporciona el remedio de los males, nosotros la convertimos en el veneno de la vida...Desde luego que somos desagradecidos precisamente con esta parte de la naturaleza. ¿En qué gozos o en qué males deja de estar al servicio del hombre? Se la arroja a los mares o se la hiende para abrir estrechos; se la maltrata a todas horas con agua, hierro y fuego, madera, piedra y grano, y más para que sea esclava de nuestros caprichos que de nuestro alimento” (*Historia Natural*, II, 154-157).

La lista de delitos contra la tierra podría ser infinita tanto en el mundo romano como en el nuestro, pero conviene destacar uno que ya denunciaba Plinio el Viejo (II, 160): “Entre los delitos propios de un espíritu desagradecido yo pondría éste: que ignoremos su naturaleza”. El desconocimiento del funcionamiento de la naturaleza provoca desarreglos en unas correctas relaciones hombre-naturaleza. Sólo conociéndola a fondo puede el hombre colaborar con ella y no destruirla. En el fondo, esta es la base del desarrollo sostenible que cualquier ecologista moderno firmaría.

Fernando Lillo Redonet
Profesor y escritor